

VITALISMO Y OTRAS MEDITACIONES EN TORNO AL PENSAMIENTO DE ORTEGA Y GASSET

A través de la filosofía moderna, vemos como el hombre en su "asombro" termina con los problemas del cosmos y se vuelve a sí mismo como solo y único objeto. El hombre se convierte en espectador de su propio espectáculo. En esa empresa con "lo real", en ese "poner" y "recibir" el hombre "ha puesto todo" y ha dejado de recoger. El cosmos y las cosas se le presentan suyas. Suyas, así su posesión le produzca la náusea existencial, o bien, suyas, con el magnífico delito de la supremacía de la existencia sobre la esencia. El vitalismo de Ortega y Gasset y el existencialismo de Sartre no son otras cosas —como bien afirma Acosta Mejía— que el concepto redivino de "conciencia intencional" de Husserl y la nueva formulación ontológica del "Cogito". Para Sartre, como para Ortega, la conciencia es intencional en la rigurosa medida de que es conciencia de algo. El ser de esta conciencia se degrada en Sartre con su desesperado ser-en-sí de los objetos. En Ortega el dato existencial reside en el esfuerzo supremo de superar el idealismo hegeliano en la correlación conciencia y mundo (Yo soy yo y mis circunstancias). El dato primario para Ortega es vida (Existencia). El ser para-sí de Sartre no es sino el pensamiento como pensamiento de algo en Ortega, o sea la conciencia intencional y el objeto de Husserl asumidos en el hecho primario de la existencia.

Ortega comienza negando las pretensiones del racionalismo europeo y sobre todo de las tendencias que acentúan la primacía del pensamiento sobre el ser, la superación de la ontofó-

bia del criticismo que Ortega resume con la tesis pragmática de la superación del "Subjetivismo". Su primera tesis filosófica es: "yo soy "yo" y mi "circunstancia". Esta tesis es el primer ataque contra la exageración opuesta al racionalismo, o sea el concepto pragmático de la vida que caracteriza al hombre de hoy. Esta vida fué siempre el tema central en las meditaciones de Ortega sobre la cual insiste constantemente.

No es más que uno de los elementos de su concepción total, una concepción que resulta completa cuando se le agrega el término "Razón" y "Vida", "Vitalismo" y racionalismo. quedan por lo tanto reintegrados en su filosofía por medio de la síntesis. La "vida", la vida humana es para Ortega lo mismo que la existencia para Heidegger: el objeto propio de la metafísica. Un objeto, cuyo carácter no consiste en "ser" porque la vida es todo lo contrario de una "substancia" o "ente", es algo cuya realidad consiste en "llegar a ser" en hacerse continuamente a si misma con íntima comunión con sus circunstancias. "La vida" es para Ortega, programa, bosquejo, que se va formando en el hombre.

La vida humana es actividad pura. El conocimiento nace de la vida, pues este aparece cuando la vida se "interrumpe" con ciertas experiencias.

La identificación de la realidad con la creencia hace que, al producirse un hueco en ella, surja la necesidad del pensamiento racional. "La razón" es el instrumento que la vida maneja para su realización y que, por lo tanto, hace de la verdad no una mera adecuación del intelecto y de la cosa, sino una coincidencia del hombre consigo mismo.

En esta afirmación existen resabios bien plasmados de la escuela neokantiana y la filosofía de Kant. Ortega manifiesta la necesidad de una "razón vital", de una "razón histórica", como parte esencial de una filosofía "raciovitalista". Téngase siempre presente que no se trata de una filosofía existencial sino "vital".

A partir de la historia, obtiene Ortega uno de los conceptos más interesantes sobre el Tiempo. La historia es sinónimo

de "finitud" y con ello se llega a una absoluta primacía sobre el presente y el pasado. Esta primacía es el futuro, o sea, el "yo" proyectado siempre "a posteriori". Una suerte de saber "yoístico" que se proyecta continuamente en el mañana.

Y todo esto es la base de la "preocupación" y porque no, de la "angustia" a que continuamente estamos sujetos.

Sólo partiendo de esa preocupación puede la historia surgir del futuro que se convierte mágicamente en pasado. La solución del problema de la verdad "yoística" está, para Ortega, en la libertad de la acción y de la moral.

Muchos investigadores que declaran haber rechazado la metafísica en su sentido tradicional (Larroyo "La filosofía de los valores") se han refugiado en una postura filosófica que por su amplitud nos resulta quizás un poco pragmática. El perspectivismo puede concebirse como aquella doctrina que declara que toda interpretación de la realidad puede hacerse desde puntos de vista de perspectivas, elegidos en cierto modo arbitrariamente, y que por lo tanto nunca podrán conducir a un conocimiento absoluto del mundo. "Cada orientación cognoscitiva" por decirlo así, es necesariamente relativa, conduce a "prospectivas" que impiden llegar a obtener un conocimiento absoluto de lo válido.

El perspectivismo no sólo sustenta la idea que el conocimiento de la realidad depende del punto de vista del sujeto, sino que: el círculo cultural de una época puede determinar la estructura de las dignidades humanas. Ortega no es en su totalidad un "perspectivista, pues es una posición que podríamos llamar "antiespañola". En ella no existe el "sentido vital" que prevalece sobre todas las meditaciones de Ortega. Sin embargo, el perspectivismo apasionó a Ortega en ese afán de explicarse todas las corrientes más escarpadas de la conciencia humana.

Así, en su estudio "Esquema de las crisis", se expresa en la mutación constante en que los seres ven las cosas, aunque el mundo no haya cambiado. La generación nueva reabrirá la lección de la pasada, sin embargo, le aplicará su sello caracterís-

tico, es decir, su distinto modo de devolver sus pensamientos al mundo. Pero esto estará de tal forma acondicionado, que la próxima generación tampoco ha de ver las cosas y las ideas en la misma forma. Eso es “perspectivismo”.

Ortega trata de conciliar su “perspectivismo” con la base objetivista de Scheler al ocuparse de temas axiológicos. En efecto, la tesis de Scheler de reducir el valor a una cualidad de la cosa, ha cautivado el espíritu de Ortega, quien dice: “Los valores son cualidades irreales, residentes en las cosas”. “No son los valores —declara el pensador— un don que la objetividad hace a las cosas, sino una extraña y sutil casta de objetividades que nuestra conciencia encuentra fuera de sí como encuentra los árboles y los hombres”. Hay, sin embargo, una manera radical y distinta de cómo vemos los valores y cómo percibimos las cosas. Las cosas tienen o no tienen valor. Tienen valores positivos o negativos, superiores o inferiores. El valor no es nunca una cosa, sino que “es tenido” por ella. La belleza no es el cuadro, sino que el cuadro es bello, contiene o posee el valor de la belleza. Los valores irreales, sólo cabe sentirlos o mejor estimarlos o desestimarlos. Cada generación —dice Pinder en su “Teoría de las generaciones en el arte”— tiene un intérprete artístico desde el cual se condiciona el arte a una época. Ortega vuelve a fusionar perspectivismo y “axiología” cuando nos habla sobre las especies, o variedades de valores, es decir, que la cualidad y tabla de valores depende muchas veces de la posición del hombre.

En su genial ensayo “Variaciones sobre la carne”, uno de los más profundos, quizás, después de “Vitalidad, alma y espíritu”, se pregunta Ortega, con esa claridad y esa intuición de “Ojos siempre velantes” y con esa particularidad suya de maestro: ¿“Cuándo vemos el cuerpo de un hombre, vemos un cuerpo o vemos un hombre”? Pronto advertimos que si la forma humana pertenece como el mineral al género cuerpo... sin embargo, hay dos especies de cuerpo: el mineral y la carne. Podrán en última instancia analítica, ser lo mismo. pero como fenómenos, como aspectos, son esencialmente diversos.

“Más, ¿en qué consiste esa diferencia? Estriba en que al ver la carne prevemos algo más de lo que vemos; la carne se nos presenta desde luego como exteriorización de algo esencialmente interno. El mineral es todo exterioridad, su dentro es un dentro relativo: lo rompemos y lo que era porción interior, se hace externa, patente”. De aquí, entonces, que nuestro cuerpo, nuestra pobre carne nos va anunciando, delatando. Los jóvenes sobre todo “suponen que su persona interior, los vicios de su carácter son un profundo secreto que en sí llevan bien defendidos ante las miradas ajenas de su cuerpo. No hay tal: nuestro cuerpo desnuda nuestra alma. La anuncia y la va gritando por el mundo. Nuestra carne es un medio transparente donde da sus refracciones la intimidad que la habita. Esa intimidad, pero sobre todo, la humana intimidad. Vida, alma, espíritu, es inespacial”. Esa inespacialidad se proyecta en el cuerpo del hombre. Lo más interesante en este ensayo de Ortega es el dardo, que, viniendo de tal profundidad, incide directamente sobre el comentado cuerpo del hombre. Su nuevo papel, o sea el papel que le está llamado a representar en este ensayo, es el de transparentar su alma. No de esconderla ni de encerrarla entre sus venas y arterias, sino transparentarla por los poros, radiografiarla en los ojos. Es una suerte de esclavitud del cuerpo en el alma y una supremacía absoluta de ésta sobre la carne. La carne utilizada solamente —con principios evangélicos— como vestidura de lo que somos, es una suerte de mineral precioso, que al ser quebrado no presenta su exterioridad. El alma que se resguarda en el cuerpo, la vemos asomarse continuamente en los menores actos. Se está delatando. Toda supremacía del cuerpo o subversión del cuerpo contra el alma no es otra cosa que la rebelión de un ser que no conoce el principio de libertad, una suerte de rebelión inconsciente por mera fórmula de imperiosidad exterior.

Anunciar a principios de siglo la supremacía del alma sobre el cuerpo, y gritar que la carne está anunciando al alma es haber intuído todo el dolor de la humanidad presente que se aleja cada vez más de todos estos principios. Aquí vemos a Or-

tega, intuyendo genialmente el gran drama actual de Occidente.

Ahora bien, coloquémosnos en el tiempo. "La rebelión de las masas" fué publicada en 1929, es Jecir, 10 años antes de la última Gran Guerra. Por consiguiente, lo que vislumbra el maestro, es hoy un hecho con un solo interrogante: esa masa fué conducida a otra guerra. ¿Qué es, por lo tanto, lo que vendrá? ¿Cómo ha regresado el hombre moderno? ¿Cuál es el sentido que le ha dejado esta última guerra? ¿Adónde inclinará sus valores?

Todo esto quedará por muchos años todavía en la sombra. Las tropas son licenciadas, vuelve el soldado a su casa. Lo recibe otra guerra: la guerra económica. Se habla de 10.000.000 de desocupados. Se saben nuevas y más enfermedades psíquicas, producidas, lógicamente, por el "shock" de la batalla... Se habla mucho de post-guerra, pero poco se habla de este hombre-masa, a quien es necesario cambiar.

Las izquierdas avanzan y todo hace predecir el fin de la burguesía. ¿Sucederá esto en Occidente? ¿Y Europa existe todavía?

Largo ensayo sería analizar las predicaciones de Ortega sobre Europa.

Se pregunta Ortega: ¿Si la decadencia de Europa es un hecho? ¿Si Europa agoniza? ¿Quién va a sucederle? Y si ese sucesor no existe, qué pasaría? Ya entonces Ortega considera los posibles sucesores. Nueva York y Moscú como sus centros capitales.

América del Norte: extraordinaria metáfora, aquella del maestro que se retira del aula y los alumnos se evaden cada uno de su propia prisión, pero carecen de un plan de diversiones. Sobreviene el caos y resulta de todo esto una cabriola. Pero nos olvidamos de algo, esa cabriola —ya sea económicamente— ha ganado la guerra. ¿Será acaso hoy la que ha de sustituir a Europa?

"Una dirección científica e intelectual no puede ser vencida por otra, a no ser que ella misma haya hundido el suelo bajo sus pies. Así la Revolución Francesa sólo fué posible por-

que la nobleza había olvidado su "noblesse oblige", y porque el alto clero francés había olvidado sus deberes de sacerdocio (Langsberg).

Ahora bien: ¿Ese hombre-masa del Norte, es el que ha de gobernar al mundo? O es acaso Rusia y el marxismo lo que ha de imperar en la post-guerra? "Me parece de sobremanera imposible que en los años próximos se entusiasme Europa con el bolchevismo" (Ortega). El que establezca su imperio, no será solamente económico sino también instalará ese otro imperio que trae todo vencedor, las nuevas ideas.

En 1939 decía Ortega: "América no ha sufrido aún". Pues bien, América ha sufrido en esta última guerra.

¿Pero qué sucede? No se trata de sacar partido del dolor como los estoicos, sino de mesurarlos sin engaños. ¿Qué ha producido este dolor en el hombre-masa del norte? Seguirá la vida como antes de la guerra y de decir... aquí no ha pasado nada. Los recuerdos de la guerra son malos para la buena digestión. ¿Cómo aceptará este hombre-masa la post-guerra? El hombre y el devenir está lleno de incógnitas y quien pretenda encerrarlas en el "lojos" de un ensayo, comete el error de convertirse en "académico" en el sentido que le da Cervantes en el Quijote.

Hemos hablado de los grandes males que trae este "colectivismo, que como a un círculo inmenso, no se le ve salida, y lo trágico es que, este colectivismo carece de la hermandad. "Consiste en varios círculos superpuestos, ninguno mayor ni menor que el otro, iguales. Hablamos siempre de igualdad espiritual y si alguien trata de evadirse de este perímetro, los demás lo vuelven a su primitiva rotativa. -

¿No es esta una posición filosófica excéptica? Es un convencimiento de la grave desmoralización que sufre hoy el mundo y de una desaforada rebelión de las masas, que tiene su origen en la desmoralización de Europa.

No se trata de una desmoralización en el sentido dogmático de la moral, sino que el hombre moderno ha dejado de preocuparse de los problemas trascendentales. Esta razón de

la despreocupación surge, porque el hombre burgués de Occidente sabe muy bien que, aún sin comunismo, el hombre que vive de sus rentas exclusivamente tiene sus días contados. Entonces le sucede como a aquél a quien los médicos le dan un plazo fijo de vida y se decide a quitarle a la vida en pocos meses, lo que ésta le hubiera dado en muchos años. La exprime de sus bienes temporales.

El burgués occidentalista ha decidido no "angustiar-se". Sus bienes han de terminar pronto. La igualdad social que se predica y a la cual ellos están proyectados, los hará pensar en lo que está "más allá de todo".

Como solución a la desmoralización de Europa, parecería que es necesario imponer el comunismo. El comunismo es una moral eslava y una religión.

Y como dice Ortega "¿no parece más decente y fecundo oponer a esa moral eslava una nueva moral de Occidente, la incitación de un nuevo programa de vida? Europa se ha quedado sin moral, desconfiando de sí misma, mira a todas partes dispuesta a acoger lo ajeno si ha de traerle la salud" (Langsberg).

Pienso en esta guerra, en qué forma y qué precio ha costado, lo que los norteamericanos llaman "Keep up the moral". ¿Qué se le ha dado a este hombre que iba a morir o a aquél que volvería para enfrentarse con este inmenso problema de post-guerra? No son suficientes las cantinas de soldados, ni los bonos de guerra. Todo esto se verá en los tiempos que vienen.

Sigue la incógnita. ¿Cómo procederá la masa que desembarca y vuelve al aluvión de las ciudades en la vida moderna?

Langsberg daba como solución para la salvación de Europa y del hombre moderno, la vuelta a un cristianismo tomando además de la antigüedad, todo lo que tenga de cristiano.

Ortega termina la rebelión de las masas imponiéndose la propia angustia como redención. Es que Ortega ha tomado el pulso al hombre-masa y como quien se lo toma a un agonizante, prefiere hacer suya esa muerte, y angustiarse en su agonía.

La generación nuestra y nosotros, que venimos a ser parte de esa masa, que convivimos en esta sociedad, sin poder apartarnos, y que la vemos agonizar en su propia incapacidad, ¿cuál será nuestro destino? Por esto el escritor de nuestra generación se pierde en abstractos y una suerte de hermetismo lo protege, para evitarle el suicidio.

Nuestra característica es la indistinción, es la actitud de no saber a dónde dirigirnos, porque como dijo Virginia Woolf “somos una generación en entreacto”.

Es que todo amañer nos trae la nueva y trágica incógnita.

La paz existe nuevamente —se preguntaba Ortega en 1945—. ¿Hacia dónde dirigirnos? ¿Hacia dónde se dirige el hombre de post-guerra? ¿Cuáles son sus valores y categorías futuras?

¿Verá este hombre acantilados maravillosos en las más populosas ciudades que dibuja la “divinidad”, para que el hombre vaya a su encuentro? ¿O no tendrá tiempo de verlas?

BEATRIZ GUIDO

